

1. Las máquinas de sueños también  
se estropean  
(O introducción)

Ignoro cuándo se averió el futuro.

Fuera cuando fuera, ya es evidente que la máquina más perfecta que ha existido jamás en la historia de la Humanidad ha gripado. El Futuro, con mayúscula, era una gasolina infalible. Consiguió que varios miles de millones de seres humanos, ahora unos diez, se pusieran de acuerdo durante siglos en despertarse cada mañana con intención de peinarse, cazar, copular, trabajar, edificar un puente, pintar el Guernica o idear un exprimidor de zumos. Al día siguiente, desayunar utilizando ese exprimidor, coleccionar insectos, cantar reggaetón, construir un transbordador espacial, clavar clavos, sacar un billete de metro o buscar la vacuna de la malaria. Y volver a arrellanarse, que pasen ocho horas, abrir los ojos somnoliento, apagar el despertador y comprobar que se ha averiado el exprimidor mientras se cuele el maldito *reggaetón* por la ventana del vecino, que ese día también ha decidido seguir viviendo...

Para arreglar el Futuro ni siquiera basta con apagar y volver a pulsar el botón de encendido. Ése es sólo el *ungüento* infalible de la segunda máquina más avanzada que ha construido el hombre, el microprocesador informático (o circuito integrado central), que se encarga del futuro con minúscula: predecir el tiempo, adivinar canciones escuchando unos acordes, comparar precios de billetes de avión o comprometer un acto sexual con el deslizamiento de un pulgar sobre una pantalla táctil. Convendremos que dos menciones al sexo en los dos primeros párrafos de un libro pueden resultar una estrategia de atracción algo básica y *pavloviana*, pero si tienen algo que objetar prueben a encontrar una época histórica en que haya sido tan fácil asegurarse un polvo, sin ser señor feudal o George Clooney.

El Futuro nunca nos falló cuando introducíamos por su ranura la moneda de nuestros sueños. Al estar hecho de expectativas y aspiraciones —no de silicio, germanio y chips, como el microprocesador—, desaparecía toda posibilidad de fallo. Adoptaba, certero y versátil, la forma que deseaba cada uno de esos miles de millones de seres humanos. Para unos significaba esperanza; para otros, fe divina o quizás confianza en el progreso. Ahí esperaba él, inmarcesible y *cool*, idealizado siempre con colores más amables que los borrones del presente. El mecanismo psicológico perfecto. Y si no se te ocurría cómo dibujarlo, ya estaban el rey de turno, el chamán de la tribu o Steve Jobs para hacerlo por ti.

Pero estaremos de acuerdo en que hablar hoy de Steve Jobs ya parece casi tan anticuado como hacerlo de chamanes, así que empecemos por el nuevo *king of the world*: Google.

El buscador horneó el mejor algoritmo del mundo e inventó un chisme que ha vuelto la Humanidad del revés. Podrían haber sido Yahoo, Napster o Bing, pero también podría haberle gustado a alguien la Coca-Cola de cereza. La empresa de Mountain View fue la mejor simplemente porque entendió cómo anticiparse al futuro... Y también al Futuro.

Su buscador no es más que una brutal e instantánea máquina predictiva. La clave de Google no se halla, como muchos creen, en encontrar las respuestas adecuadas —eso es sólo el señuelo—, sino en adivinar aquello que realmente buscas cuando ni tú lo tienes muy claro. Y luego recopilar esos datos para perfilar mejor en el futuro tus próximas búsquedas y las de los demás y ofrecerte, de paso, productos convenientes y ganar miles de millones de euros sin plantar un tomate o fabricar un pupitre: sólo ajustando, de forma tan milimétrica como infinita, tan matemática como inabarcable, algo que siempre ha sido sinónimo de riqueza en la Historia de la Humanidad: la intuición.

A veces, sólo a veces, Google también cree haber descubierto el agua caliente. Mo Gawdat es *Chief Business Officer*, o sea, jefe de un equipo de ingenieros de élite que Google llama “X” o su “factoría de sueños”. Para que vean que no exagero: el lazo entre informática y onirismo es tan fuerte como el de Guardiola con el fútbol de toque. Son los Navy Seal de Google.

Los del Ejército norteamericano son capaces de volar al alba en helicópteros Black Hawk hasta una casa en Abbotabbad (Pakistán), fortificada con muros de cuatro metros, alambre de espino y a 1,5 km. de una academia

militar. Y, en 40 minutos, penetrar, neutralizar a los 24 presentes y matar de un disparo junto al ojo izquierdo a un tal Bin Laden.

Los de la *dream factory* están algo menos en forma pero también actúan en secreto. Los primeros convierten la ficción en realidad. Los segundos convierten en realidad la ciencia ficción.

Ellos son capaces de penetrar en un recoveco de tu mente, el Pakistán de tu cerebro, entender necesidades que ni siquiera soñaste antes y darles solución tecnológica. Allí nacieron los coches sin conductor, globos en la estratosfera para ofrecer conexión a Internet en áreas remotas o las *Google Glass* (sí, hasta los Seal también la pifian de vez en cuando).

Volvamos a Mo Gawdat y el agua caliente antes de que se enfríe. En 2001, el ingeniero lucía más triste que un escarparte textil en Abbotabbad (sí, esto es una licencia literaria sin comprobar) y diseñó un algoritmo para entender cómo el cerebro procesa la alegría y la tristeza. La resultante de la ecuación sería la primera fórmula de la felicidad de la Historia. Por resumirles un libro de 357 páginas, y que Mo me perdone el spoiler: “La Felicidad es igual o mayor a los eventos que se produzcan en tu vida menos tus expectativas sobre cómo la vida debería ser”. O sea, sobre cómo imaginas tu Futuro. Bingo.

Cuanto más te esperas de la vida, más fácil es que te sientas triste, pesadoso y miserable. Hay que tener en cuenta que las expectativas, además, no son fijas. Son nuestras zanahorias, si no les importa sentirse el burro de la metáfora. Uno quiere una casa de dos habitaciones, hasta que puede permitirse la de tres. Vivimos en

sociedades monógamas, pero eso tampoco alivia nuestra progresiva y caprichosa sed de cambio amoroso. Por no hablar de los coches, los hijos, el tiempo libre, la realización personal (sea lo que narices sea la realización personal)... Si hombres y mujeres somos perfectos e insaciables motores de creación de expectativas, el Futuro era la máquina que nos proveía el antídoto contra La Gran Desilusión. Ahora nos estamos quedando sin dosis. Y ya van entendiendo la tesis del libro.

El crecimiento inusitado de las expectativas es una rueda insaciable que gira en un sentido, mientras en un raíl paralelo se frena la de los ideales. El ideal piensa en el bien colectivo; la expectativa, en el individual. El ideal es causa de cambio, la expectativa es consecuencia de él. El ideal es inasible, universal y *lungimirante*, como dicen los italianos; la expectativa, en cambio, es concreta, medible y algo cejijunta. Los ideales han muerto. Y los hemos cambiado por su prima pequeña y egoísta: la expectativa.

En el fondo, y espero poder demostrárselo, no estamos tan mal. Hemos ido a peor, pero no de forma tan irremediable como indica nuestra sensación de declive. Porque uno de los cambios fundamentales de esta época es que lo importante no es tanto lo real sino la sensación de realidad. La percepción. La narrativa que se ha impuesto del presente supera en notoriedad a las piezas que lo forman. En cierto modo, nos hemos creído el *packaging* de nuestra existencia.

La mayoría de los ciudadanos comparte la sensación de que estamos horriblemente mal, y el vago recuerdo de que antes todo era más sencillo y candoroso. Ése es el giro copernicano que ha revolucionado nuestra concep-

ción del presente: cuenta más el relato de lo que ocurre que lo que ocurre en sí.

La emoción hace años que ha noqueado a la razón en el ring de nuestros procesos mentales. Por eso las empresas de ingeniería electrónica tienen departamentos a los que denominan “Factoría de sueños”. No trabajan con realidades sino con aspiraciones. No fabrican productos sino necesidades y hábitos. Vivimos en la era materialista de lo inmaterial. Todo está destinado a generarnos expectativas: comerciales, personales, laborales, colectivas. Como escribe mi amigo Luis Martínez, ya no compramos cosas, sino deseos.

Multiplicamos los deseos porque vivimos sumidos en una espiral de adolescencia infinita: si antes la edad adulta era el *checkpoint* a partir del cual uno penetraba en la era de las obligaciones, ahora es la de los caprichos. Nunca antes, en ningún periodo de la Historia, el hombre había colocado tan alto el listón de su propia altura. Esas aspiraciones —personales, profesionales, amorosas, colectivas y ¡políticas!— son tantas y tan enormes que, por lógica, han dejado de cumplirse. No sólo *pinchan* las expectativas personales, algunos logros colectivos también menguan con respecto a las últimas décadas.

Es el presente la cuña que ha descuajeringado la máquina del Futuro.

Ya tenemos los tres vértices del malestar contemporáneo: nostalgia, emoción y eterna adolescencia. Nos ha quedado un mundo definido por el miedo al futuro, el dominio de los sentimientos sobre la razón y una sustitución de la responsabilidad por el deseo. El triángulo del desasosiego que delimita el área de La Gran Desilusión.

Cuando Francis Fukuyama predijo, en 1992, «el fin de la Historia», era difícil prever el calibre de la cagada. Le nublaban el fin de siglo y esa obsesión tan nuestra por los números (y las predicciones) redondas. Fue escribirlo y la Historia empezó a pisar el acelerador con bramido de coche tuneado. Tan desbocado rueda el mundo que, en apenas 16 años, ya se pueden entender tres etapas claras en el siglo XXI, que no empezó el 1 de enero de 2000, sino exactamente un soleado martes, a la sazón 11 de septiembre de 2001.

El shock del atentado más icónico de la Historia, con sus secuelas en Madrid, Londres, Boston o París, dio banderazo a una intervención en tierra árabe que demostró la mayor novedad con respecto a épocas pasadas: las guerras ya no se ganan ni se pierden. Al menos, en el campo de batalla. Se deshilachó Oriente Medio y, como quien se va de fiesta tras una mala noticia —siempre una pésima decisión—, el mundo decidió echarse en manos del optimismo sociotecnológico.

Durante la segunda etapa, creímos en el credo de Silicon Valley como un billete de ida para la salvación eterna. O, al menos, para hacernos más ameno el camino a quién sabe dónde y evitarnos mientras tanto tener que rebuscar una canción pudiendo apretar el botón de Shazaam. Políticamente, esto coincide con gobernantes optimistas y voluntaristas, como Barack Obama o José Luis Rodríguez Zapatero, y con Steve Jobs, que era el verdadero presidente del mundo y pensaba que el cáncer podía curarse con zumos. Los derechos civiles, la globalización, las renovables, los emoticonos y las bicis de madera ofrecieron una vía de escape. Como esas vitrinas hipsters que camuflan un

comercio con cuatro cachivaches en las estanterías. Ignoras del todo qué venden y cómo consiguen llegar a fin de mes, aunque los productos molan e inequívocamente te sientes el peor vestido del negocio. En efecto, no estábamos llegando a fin de mes. Y la trastienda económica era mucho menos *cool* que el escaparate.

Así llegó el tercer capítulo del siglo XXI, que nos ha explotado en la cara pero empezó a gestarse hace exactamente diez años, con la crisis financiera de 2007. Una década de distancia ya permite colocar la mano en la frente para taparnos el sol y sacar conclusiones con perspectiva. El hundimiento bancario, hipotecario y crediticio no fue un cáncer extirpado por completo. La metástasis continúa propagándose todavía hoy. El hundimiento de las clases medias, la precarización del trabajo, la desconfianza hacia la política y las instituciones, el descenso del nivel de vida, una revolución tecnológica que ha destruido más empleos de los que ha creado... todo ha contribuido a cavar una zanja social en la que no hemos tropezado: nos hemos lanzado a ella de cabeza. Ya les avisé de que nunca era buen negocio irse de fiesta en pleno bajón.

Así, como una mala resaca, nos hemos encontrado sin ibuprofeno y ya en la conclusión del tercer episodio del siglo: el de las expectativas incumplidas, el del futuro averiado, el de la pandemia de la incertidumbre. No es el fin del mundo. Quizás sí el fin de un mundo.

—El 11-S hizo esfumarse la sensación de seguridad global.

—La crisis financiera quebró la confianza en el progreso y el bienestar global.

—La corrupción se ocupó de minar la fe en la política y las instituciones globales.

La Gran Desilusión no es más que ese vacío, que algunos se encargan de rellenar ahora con la gasolina invisible de la identidad, que siempre se nutre del pasado. Un combustible imprescindible para entender el nuevo mundo, pero más contaminante e inflamable que la energía *limpia* y sobre todo renovable del Futuro.

Digamos que la palabra global, por si no lo habían notado, ha dejado de sonar bien. Pero hay más transformaciones, psicológicas y a la vez colectivas, bamboleos de masas, que acrecientan una sensación de naufragio: las *fake news* han disfrazado y cuestionado el concepto de verdad, las redes sociales han creado nuevas adicciones egocéntricas y acelerado un frenético debate público, la utopía de la economía colaborativa ha devenido en unas corporaciones colosales pero casi invisibles fiscalmente, la nostalgia se ha convertido en un nocivo valor al alza —ya sea en las sagas de superhéroes, con el revival del *cassette* o en manos del populismo nacionalista— y surge una nueva moral censora, como siempre en momentos de zozobra, que pretende limitar la libertad de expresión y los límites del humor.

El icono se ha impuesto al verbo. El sentimiento, al razonamiento. El logo se ha zampado al *logos*.

Pequeños derrumbes, incertidumbres inesperadas, una sociedad insegura, el culto al flashback y la máquina del Futuro, encasquillada para rato. Sean bienvenidos a nuestra época. Pasen, tomen asiento y contemplen... la Gran Desilusión.